

RAFAEL ECHEVERRÍA

# El GIRO de la MIRADA

Superando nuestra obsolescencia ontológica



ENSAYOS

El GIRO de  
la MIRADA



Diseño de tapa:  
JUAN PABLO OLIVIERI

Imagen de portada:  
PABLO ULLOA

RAFAEL ECHEVERRÍA

# El GIRO de la MIRADA

Superando nuestra obsolescencia ontológica



ENSAYOS



© Rafael Echeverría

© 2022 by Ediciones Granica S.A.

**Edición original:**

Ediciones Granica S.A.

Lavalle 1634 3º G / C1048AAN Buenos Aires, Argentina

[granica.ar@granicaeditor.com](mailto:granica.ar@granicaeditor.com)

[atencionaempresas@granicaeditor.com](mailto:atencionaempresas@granicaeditor.com)

Tel.: +54 (11) 4374-1456 1158549690

**Echeverría, Rafael**

El giro de la mirada : superando nuestra obsolescencia ontológica / Rafael Echeverría. - 1a. edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Granica, 2022.

328 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-8935-42-3

1. Ensayo. I. Título.

CDD 111

**ISBN Chile: 978-956-306-171-0**

**ISBN digital: 978-956-306-172-7**

Coedita y distribuye en Chile

**JC SÁEZ EDITOR**

[jcsaezeditor@gmail.com](mailto:jcsaezeditor@gmail.com)

**Teléfono:** +56 23346 2281

[www.jcsaezeditor.cl](http://www.jcsaezeditor.cl)

**Dirección:** Salvador Marcelo Gargiulo

**Portada:** Juan Pablo Olivieri

**Diseño y diagramación:** Alicia Travesino

**Imagen de portada:** Pablo Ulloa/Jano bifronte

Derechos exclusivos reservados para todos los países en castellano para Ediciones Granica S.A., salvo en el territorio de Chile que corresponden a JC Sáez Editor.

Derechos digitales (electrónicos) exclusivos reservados para todos los países en castellano para JC Sáez Editor y Ediciones Granica.

Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico, de acuerdo a las leyes Nº17.336 y 18.443 de 1985 y 20.435 de 2010 (Propiedad intelectual).

Diagramación digital: ebooks Patagonia

[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)

[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

*Para Alicia,  
que está en todas y cada una de estas páginas.*

# *Índice*

## **Prólogo**

### **I. Obsolescencia ontológica: la crisis que subyace bajo muchas otras crisis**

Las crisis fundamentales que enfrenta la humanidad

El nuevo escenario que plantea la modernidad

La noción de conectividad social

La crisis que nos confronta

El principal problema detrás de la crisis: nuestra capacidad de respuesta

Los límites aparentemente infranqueables del ser que somos

La noción de obsolescencia ontológica

¿Qué es ontología?

### **II. Gestación de la ontología metafísica**

Los filósofos naturalistas

Tales de Mileto y la pregunta por el *arjé*

Anaximandro, el orden como transgresión

Pitágoras y el secreto de los números y las formas

Parménides, tras la búsqueda de la luz, el ser y la verdad

Heráclito y el fuego del devenir

Los filósofos materialistas: Leucipo y Demócrito

Los sofistas, el desarrollo de la areté o la excelencia ciudadana

Protágoras: el ser humano como medida

Gorgias y el poder de la palabra

Sócrates: hacia una filosofía de la vida

El nacimiento de la ontología metafísica

Platón y la primera filosofía sobre el carácter genérico de la realidad

La variante metafísica de Aristóteles

### **III. La estructura de la ontología metafísica**

Las premisas de la ontología metafísica

Este mundo y esta vida, en sí mismos, no tienen sentido

El sentido del mundo y de la vida debe buscarse en un mundo diferente del que observamos, que trasciende aquel que tenemos al alcance de los sentidos

La noción metafísica del ser y sus atributos

La noción metafísica de verdad

La razón, el camino para acceder a la verdad

La mirada sobre el ser humano, desde la ontología metafísica

El enclaustramiento de la filosofía

## **IV. Alcances sobre la modernidad**

Historia y conectividad social

El nacimiento de la modernidad

El espíritu de la modernidad

La prioridad del ser humano

La duda como camino hacia la verdad

La importancia de la experiencia y del desarrollo de las ciencias

La centralidad de la libertad y de la igualdad individuales

La revalorización del ser humano común

La importancia del tiempo

La influencia de la filosofía helenística en la modernidad

El escepticismo

El epicureísmo

El estoicismo

## **V. Nietzsche y la ruptura con la ontología metafísica**

Ser versus devenir

Crítica al concepto metafísico de verdad y el papel del lenguaje

Crítica a la prioridad conferida a la razón

Crítica a la noción metafísica de sujeto y la prioridad de la acción

La noción de voluntad de poder

El concepto del Übermensch

La doctrina del eterno retorno: un alcance crítico

El carácter lúdico y estético de la vida

## **VI. Hacia la estructura de la ontología emergente**

Crítica a las premisas de la ontología metafísica

El sinsentido de la realidad, del mundo y de la vida

Sobre la necesidad de buscar el sentido en un mundo que se encuentra más allá de aquel que se presenta a nuestros sentidos

El ser y sus atributos

La noción metafísica de verdad

La prioridad de la razón

Algunos giros fundamentales de la ontología emergente

El giro antropológico: del ser de la realidad al ser humano

El giro existencial: de la abstracción del ser a las condiciones concretas de la experiencia de la existencia

El giro de un ser inmutable, unitario y homogéneo, al devenir de un ser múltiple y contradictorio

El giro de la prioridad del sujeto a la prioridad de la acción

El giro de verdades absolutas a interpretaciones

El giro de la prioridad de la razón a la prioridad del lenguaje

El giro de la práctica del conocimiento a las prácticas cotidianas

Dos giros fundamentales en la concepción del lenguaje

Breve alcance sobre la hasta ahora llamada “ontología emergente”

## **VII. Red teórica que sustenta el giro ontológico**

El papel determinante de Nietzsche

Heidegger y la fenomenología de la existencia

La hermenéutica y, en especial, el aporte de Gadamer

Martin Buber y la filosofía del diálogo

La filosofía del lenguaje

Derrida y la red de filósofos inspirados en Nietzsche y en Heidegger

El pragmatismo filosófico norteamericano

La biología

El enfoque sistémico

La psicología y la antropología

La lingüística

**Epílogo**

**Sobre el autor**

## *Prólogo*

**M**is últimos libros de alcance teórico fueron escritos hace ya más de diez años, en un período muy vertiginoso de mi vida en el que producía un libro detrás de otro. Desde entonces entré en una etapa en la que consideré necesario detenerme y, más bien, reflexionar y evaluar lo que ya había realizado. En lugar de seguir escribiendo, sentí la necesidad de tomar una cierta distancia, revisar mucho de lo que había sostenido y, sobre todo, concentrarme en la lectura o relectura de aquellos autores que habían atravesado aguas equivalentes, se habían dirigido en una dirección similar a la que yo había tomado o incluso en direcciones muy distintas, muchas veces opuestas. Sabía que lo que hasta entonces había acometido no era sino una lectura particular, una determinada interpretación de desafíos que podían ser abordados desde perspectivas diferentes de las que yo había escogido.

Todo esto me hizo entrar en un período distinto. Ya mi trayecto era más lento, quizás más profundo, y mi emocionalidad, más apacible. Sin embargo, sentía que los resultados adquirirían un valor y una gravitación que me satisfacían. Entretanto, seguía enseñando y haciendo consultoría, todo lo cual también alimentaba el proceso reflexivo en el que me encontraba. Las preguntas que muchas veces recibía de mis alumnos me llevaban a

lugares que antes no había visitado. Los problemas que enfrentaba en las intervenciones que acometía se convertían en importantes oportunidades de aprendizaje. Muy pronto hube de reconocer que estos procesos tenían el efecto de reconfigurar y otorgarle formas diferentes a lo que había realizado.

Lo anterior me ha conducido a procurar dar cuenta de estos resultados y hacerlos públicos. Hago presente que ha sido una tarea compleja. Escribir, como he dicho en otras oportunidades, no significa poner por escrito lo que ya está pensado. La escritura no es algo que esté fuera del propio proceso del pensar. Para mí es la fase superior del pensamiento, pues nos obliga a evaluar y articular ideas que, mientras no estén escritas, exhiben muchos vacíos y debilidades que no siempre se perciben si no se someten a la escritura. Y utilizo el término “muchos” pues soy consciente de que, independientemente de su articulación escrita, los vacíos y las debilidades son inherentes a todo pensamiento, se exprese este oralmente o por escrito, y no hay manera de eliminarlos por completo. Este es precisamente uno de los factores que contribuyen al desarrollo del pensamiento.

Pronto cumpliré ochenta años. La tarea que me propongo me encuentra con una energía diferente de la que exhibía hace doce años. Mi proyecto actual, por lo demás, no se agota con la publicación de este libro. Quisiera al menos poder escribir otro, sobre temas que he ido desarrollando durante estos años y que, personalmente, considero fascinantes. Y es posible que eso pueda dar lugar a un libro posterior. No quiero, sin embargo, prometer nada pues sé que, a estas alturas de la vida, eso no depende solo de mí, sino también del destino que me espera. Y a ese destino lo observo con gran respeto. Mi situación actual, no obstante, me provee algo que considero valioso. Me otorga la oportunidad de cerrar en mejor forma mi ciclo vital. La idea de participar en la clausura de mi existencia me

motiva y siento que es una gran suerte disponer de la posibilidad de hacerlo.

A mi edad, el lugar que el futuro ocupa en mi horizonte vital se reduce progresivamente. En cambio, me veo atraído por las llamadas que recibo del pasado. Por preguntas sobre de dónde vengo, sobre lo que me hizo llegar a donde hoy me encuentro, sobre las experiencias que cincelaron mi actual forma de ser, sobre las cuestiones que he dejado abiertas y que sería conveniente cerrar. Eso mismo no solo se hace presente en torno de mi vida, sino también alrededor de lo que considero, con humildad, aquellas obras que he dejado en el camino. Mientras estemos vivos -reiterando una de las premisas que estuvo en el centro de la filosofía de mi padre- siempre disponemos de la posibilidad de ejecutar acciones que modifiquen el tipo de persona que hemos llegado a ser.

Menciono lo anterior no porque tenga un interés especial en hablar de mi vida sino por cuanto esto aplica también al carácter de las obras producidas. Entre ellas, rescato de manera especial la propuesta que he realizado en la articulación de un discurso que bautizara con el nombre de "ontología del lenguaje". Es por ese discurso que me pregunto acerca de los factores que me condujeron a él y del proceso que lo gestara. Tengo claro que ese proceso no apunta solo a mí. De múltiples maneras, yo no he sido sino el "soporte" de desarrollos que me trascienden y que remiten a distintas filiaciones. Personalmente, tiendo a agruparlas en tres "genealogías": a la primera la llamo la "genealogía personal"; la segunda apunta a "genealogía de las ideas"; y, por último, la que denomino "genealogía de las condiciones históricas concretas", propias de la época en que me ha correspondido vivir. Me referiré a cada una de ellas por separado.

Por "genealogía personal" entiendo las experiencias que condujeron al autor a pensar lo que termina por escribir. Más allá del proceso mismo del pensamiento, hay

experiencias que lo orientan en uno u otro sentido. Estas incluyen, por ejemplo, determinados encuentros personales, lecturas puntuales, crisis existenciales o eventos que inciden en el camino reflexivo que uno adopta. Entre todas esas experiencias personales hay algunas más profundas, que juegan un papel determinante en orientarnos en ciertas direcciones. Es importante separar estas experiencias de lo que en nuestra vida reviste un carácter fundamentalmente anecdótico y que nos conducen a un listado infinito de circunstancias.

En mi caso particular, debo mencionar, dentro de esta última categoría, la experiencia política que se inició en mis años de universidad, durante los cuales me correspondió ejercer como dirigente estudiantil en el proceso de transformación que llevamos a cabo en la Universidad Católica, que siguió con los años del gobierno de la Unidad Popular en Chile, gobierno que culminó con el golpe de Estado de 1973 y que se proyectó en la trágica experiencia de la dictadura militar. Este período tuvo una duración de alrededor de veinticinco años.<sup>1</sup>

Cuando aconteció el golpe de Estado, me desempeñaba como docente de la Universidad Católica y era uno de los representantes de los docentes de izquierda en su Consejo Superior. Con el golpe vino de inmediato mi expulsión de la Universidad, lo que me condujo al exilio en Gran Bretaña y me permitió dedicarme a obtener un doctorado. Mi tema de investigación fue el de la invocación efectuada por Karl Marx, del presunto carácter científico de su contribución. Durante esos años yo me definía como marxista y mi proyecto de doctorado apuntaba a fortalecer mi formación en aquel pensamiento.

El exilio me llevó no solo a reflexionar sobre el carácter del marxismo y a constatar que su invocación de cientificidad estuvo lejos de concretarse -de lo que el propio Marx era consciente-, sino a comprender cómo, muchas veces, el comportamiento de quienes nos

inspirábamos en Marx nos conducía a considerar que “poseíamos una verdad a la que los demás no accedían”. No podía desconocer que ese había sido uno de los factores que contribuyeron a la radical polarización política en Chile, la que condujo a la dramática experiencia del golpe de Estado, a los años posteriores de dictadura y a la violación sistemática de los derechos humanos que entonces tuviera lugar.<sup>2</sup>

Sin que ello le reste responsabilidad a quienes llevaron a cabo el golpe y cometieron o silenciaron los crímenes de la dictadura, constataba que había aspectos del pensamiento de la izquierda, y particularmente de mí mismo, que debían ser corregidos. El marxismo se me revelaba como lo que posteriormente calificara como “una fase superior de la ontología metafísica”. Gran parte de lo que he realizado desde entonces ha apuntado a la búsqueda de una forma de hacer sentido que evitara lo anterior y contribuyera a crear condiciones más armónicas, justas y equitativas de convivencia.

Por “genealogía de las ideas” me refiero a un aspecto que ocupa la mayor parte de este libro. La propuesta global que aquí se expone remite a más de veinticinco siglos de historia del pensamiento y, en especial, del pensamiento filosófico. Y para que esta propuesta pueda ser cabalmente comprendida, me ha parecido indispensable trazar esa historia, identificar los autores más destacados que conducen a ella, estableciendo las relaciones que mantuvieron entre sí. Se trata de una historia en la que vemos cómo se cruzan influencias, cómo determinadas premisas son transmitidas de una generación a otra, cómo fueron progresivamente transformadas. Pero también se trata de una historia que incluye importantes rupturas que creo necesario identificar. De esas rupturas nació lo que he denominado “ontología emergente”, una manera radicalmente distinta de comprender la realidad.

Trazar esta historia de las ideas me ha acercado a

corrientes de pensamiento y a pensadores individuales, en cuyas obras he debido sumergirme para luego salir encandilado por el brillo de sus mentes y sus destacadas contribuciones. Ellos representan lo que podríamos calificar como parte de lo mejor del pensamiento occidental. Ha sido un privilegio acercarse a ellos. Si bien sostenemos la necesidad de superar muchas de sus ideas, no dejamos de admirarlos y de descubrir, incluso, que, a pesar de la necesidad de romper con ellos, nos siguen iluminando en áreas muchas veces inesperadas. Todos y cada uno, de una u otra forma, ya sea impulsándonos o haciéndonos tropezar, representan eslabones que nos conducen adonde este libro intenta arribar. No diré más, pues espero que el texto permita a cada lector sacar sus propias conclusiones.

Pero donde procuro calar más profundamente es en la tercera de nuestras genealogías: aquella que remite a las condiciones históricas concretas” que acompañan el desarrollo de las ideas. El primer capítulo de este libro se concentra en demostrar que son las actuales condiciones históricas las que, en rigor, nos convocan a acometer un giro radical de nuestra mirada. No pongo en cuestión que las ideas precedentes inciden en la gestación de nuevas ideas. Estas no solo generan determinadas soluciones a los problemas que plantean sus autores, sino que, además, inspiran nuevos interrogantes que, a su vez, exigen soluciones diferentes.

Sin embargo, más allá de la influencia que las ideas ejercen sobre las ideas, no es menos cierto que estas remiten a la vez a las condiciones concretas de su época. Toda concepción es hija de su tiempo, de sus propias condiciones históricas. Esta es, entre otras, una de las contribuciones que el marxismo nos ha legado, al advertirnos sobre la importancia de conectar el desarrollo de las ideas, tanto con ellas mismas como también con las condiciones concretas que a los seres humanos nos

corresponde vivir. Las ideas remiten a estos desafíos que los diferentes períodos históricos imponen. Los problemas que plantea nuestra época presionan al pensamiento para que se haga cargo de ellos y desarrolle posibles soluciones. Este libro no pierde de vista este vínculo con nuestro presente histórico: de manera explícita, busca contribuir a crear las condiciones para ayudar a solucionar los principales, graves y urgentes problemas que hoy enfrentamos.

Al entregarlo al público, procuro evitar la soberbia y la arrogancia. No pretendo ofrecer “la” solución a los desafíos que encaramos. Lo que este libro muestra es solo un camino que considero que nos permitiría hacernos cargo de ellos. Tengo claro que lo que expongo es apenas una interpretación dentro de un horizonte de infinitas interpretaciones posibles. El futuro dirá si lo que aquí desarrollo logra o no traducirse en una contribución significativa.

*Aventura, 30 de agosto de 2022*

# I

## *Obsolescencia ontológica: la crisis que subyace bajo muchas otras crisis*

### **Las crisis fundamentales que enfrenta la humanidad**

**V**ivimos en un mundo desgarrado por grandes contradicciones. Vemos, por un lado, los innumerables frutos del progreso. Hay señales de él por todos lados. Lo percibimos en los avances del conocimiento, en el desarrollo productivo, en la disminución de la pobreza que se registra en muchos países, en la erradicación de muchas enfermedades, en la expansión de las condiciones de bienestar de la gran mayoría de la población, en fin, la lista puede seguir.

Hay también, sin embargo, otras señales, incluso sólidas evidencias, de que tras estos avances nos acechan grandes peligros que tienen visos de constituirse en verdaderas catástrofes. Mencionemos tan solo tres de ellos.

El más serio guarda relación con la profunda crisis que afecta nuestra interrelación con el entorno natural y que se expresa en la crisis ecológica. De seguir en la senda actual,

es altamente probable que en un futuro muy cercano veamos desaparecer las condiciones naturales que los seres humanos requerimos para sobrevivir. En nuestro afán por crecer y por satisfacer necesidades y deseos, hemos comprometido el futuro, a tal punto que hoy, a menos que tomemos drásticas medidas, estamos avanzando en un proceso que amenaza con la extinción de nuestra especie. Las evidencias están sobre la mesa, pero, sin embargo, todavía no logramos revertir este proceso. ¿Qué impide que veamos lo que ya está frente a nuestros ojos y que tomemos, mientras todavía es posible, las acciones rectificadoras?

Detrás de esta gran crisis se revela una importante contradicción que condiciona el proceso evolutivo de las especies y que, en el caso de los seres humanos, adquiere proporciones críticas. La supervivencia de los individuos de una especie depende de las condiciones que aseguran su continuidad. Por lo tanto, si las condiciones para que una especie pueda sobrevivir se ven comprometidas, ello, por definición, compromete la supervivencia de sus miembros. El problema surge por el hecho de que la especie no es un *agente de comportamiento*. La especie no puede, por sí misma, hacerse cargo de sus propias condiciones de supervivencia. Como concepto, la especie humana solo designa a un conjunto de entes vivos que comparten determinados atributos, a rasgos y condiciones existenciales comunes.

Dicho de otra forma, la especie como tal no es un ente con capacidad de comportamiento propio. A esto apuntamos cuando señalamos que no es un agente. Son los individuos, los miembros de una especie, los que exhiben una capacidad de acción que incide en sus condiciones de bienestar y de supervivencia.

Esto representa una contradicción inherente a toda especie. Pero en el caso de los seres humanos, esta contradicción habilita determinaciones que otras especies

no pueden alcanzar. Debido al nivel diferencial de conciencia que exhiben, ellos pueden hacer dos cosas que los diferencian de otras especies. En primer lugar, tomar conciencia de esta contradicción y evaluar si sus comportamientos, de manera concreta, están efectivamente comprometiendo la continuidad de la especie. En segundo lugar -y de ser este el caso- pueden modificar sus comportamientos individuales, de modo que no solo respondan a sus condiciones de bienestar y supervivencia como individuos, sino que simultáneamente garanticen la continuidad de la especie.

Esta solución, como vemos, descansa en la particular capacidad de conciencia de los seres humanos y representa, en definitiva, una opción ética que nos conduce a autolimitarnos, a asumir sacrificios en beneficio de la especie. La pregunta clave, por lo tanto, es: ¿qué está impidiendo que asumamos tanto nuestros propios deseos e intereses como también los intereses de nuestra especie? ¿Qué impide que hagamos, como especie, este giro a una ética diferente de comportamiento? Disponiendo de las evidencias que obran frente a nosotros, ¿qué nos frena?

Una segunda crisis se despliega, tanto a nivel de nuestras relaciones personales como en las modalidades de convivencia social en las que nos desenvolvemos. Junto con los avances logrados en este plano, también se ha producido una expansión de nuestra conciencia ética y se han expandido nuestras expectativas y aspiraciones. Esto se traduce en el hecho de que, para amplios sectores de la población, las condiciones actuales de vida y el tipo de relaciones sociales que mantenemos, aunque puedan representar avances al compararlas con el pasado -en el que incluso las aceptábamos-, hoy nos resulten crecientemente intolerables, a pesar de los progresos materiales alcanzados. Por sí mismos, ellos son insuficientes, pues no se adecuan a los nuevos estándares éticos las expectativas y aspiraciones de vida que hoy

hemos desarrollado y que consideramos legítimas.

Por lo tanto, las condiciones vigentes de pobreza, de desigualdad social, de discriminación y, en general, la falta de respeto por lo que actualmente consideramos los derechos de todo ser humano amenazan con desgarrar las condiciones básicas de nuestra convivencia. Nuevamente, ¿qué nos impide resolver adecuadamente esta crisis y subordinar nuestros intereses individuales a los nuevos estándares que en el presente requieren nuestros sistemas sociales, nuestras comunidades?

Sin embargo, hay una tercera crisis no menos importante. Esta pertenece al dominio de la relación que cada individuo mantiene, no con su entorno natural ni con los demás, sino con su propia vida. Los seres humanos somos un tipo particular de ser vivo. Para lograr sobrevivir, no nos basta con reproducir las condiciones materiales que requerimos para tal fin. Nos referimos a lo que Humberto Maturana y Francisco Varela denominaron *autopoiesis*,<sup>3</sup> término que apunta a la capacidad de autorreproducción y de autorregulación biológica que define y caracteriza a todo ser vivo. Los seres humanos necesitamos algo más: conferirle sentido a nuestra vida. Son dos, por lo tanto, los procesos que deben activarse para garantizar nuestra supervivencia: el proceso biológico de la *autopoiesis*, pero también el ciclo de regeneración del sentido de la vida.

Dicho de otra forma, necesitamos reproducir un determinado juicio, el cual se expresa en la frase “Mi vida tiene sentido”. Sin este juicio, sentimos que el futuro se nos cierra y que el presente nos desgarrar. Perdemos la esperanza, aquel elemento que Zeus incluyó en el fondo de la caja que le regalara a Pandora, la esposa de Epimeteo (“aquel que solo mira hacia atrás”), por haber este ayudado a su hermano Prometeo (“aquel que solo mira hacia adelante”), que había robado el fuego a los dioses para entregárselo a los seres humanos. Como sabemos, la caja de Pandora contenía todos los males imaginables. Sin

embargo, en el fondo de la caja se encontraba también Elpis, la Esperanza, que permitía seguir creyendo en el futuro y con ello aseguraba que, más allá de los males, nos mantuviéramos vivos.

Una vida sin sentido compromete la esperanza y termina por comprometerse a sí misma. Son muchas las ocasiones en las que perdemos el sentido de la vida y nos aferramos a la esperanza, apostamos por ella, hasta que logramos recuperarlo. Esta es una experiencia por la que todos hemos pasado. Sin embargo, en esta última fase de la modernidad ha habido un cambio fundamental en nuestras condiciones de existencia. Se acrecentaron las dificultades para recuperar nuestro sentido de vida. Estamos perdiendo la apuesta por la esperanza, lo que confiere a nuestra existencia una particularidad que en otras épocas no se registraba. A pesar de los múltiples progresos, en los hechos, nos está resultando cada vez más difícil vivir.

Uno de los grandes méritos de Friedrich Nietzsche fue haber advertido esta situación con una claridad inédita hasta entonces. Hay múltiples aspectos en su obra que apuntan en esta dirección. Lo vemos, por ejemplo, en su análisis del nihilismo, término que viene del latín *nihil*, que significa “nada”. Con él, Nietzsche procura dar cuenta de este fenómeno de pérdida de sentido que caracteriza a nuestra época. Hoy tenemos la sensación de que el ser que somos dejó de sostenernos y que nos enfrentamos crecientemente al abismo de la nada. Ese ser que era fuente de luz y de sentido ahora pareciera haber perdido su eficacia y nos vuelve la espalda. Se trata de un fenómeno que, en su opinión, nos obliga a comprender sus causas para poder encararlo y para recuperar nuestra capacidad de conferir sentido a la vida.

El mismo tema está presente en el pronunciamiento de Nietzsche de que “Dios ha muerto” y de que “somos nosotros quienes lo hemos matado”. Dios, el Ser supremo, había sido por mucho tiempo el depositario de nuestro

sentido de vida y nos garantizaba que, a pesar de los sufrimientos, había otra vida, luminosa, que nos esperaba en el más allá, y que el sentido de esta vida consistía en hacer méritos para ganar el derecho de acceder a aquella. Esta creencia nos conducía a concebir esta vida como un mero sacrificio para conocer la vida verdadera. Aunque reforzábamos el desprecio por esta existencia, lográbamos vislumbrar una luz al final del túnel de la existencia.

Se nos enseñaba que Dios nos brindaba compañía, que nos protegía a pesar de nuestras aflicciones. Que podíamos conversar con Él, hacerle llegar nuestras plegarias, nuestras súplicas y que, de una u otra forma, nos respondía, aunque no siempre entendiéramos sus respuestas. Que, a pesar de nuestros sufrimientos, nos amaba y cuidaba de nosotros.

Sin embargo, hoy tenemos la sensación de que Dios dejó de respondernos. Que cuando golpeamos a su puerta, no hay nadie que conteste. Que pareciera haberse marchado. Que quizás ya no esté. Este es un problema que, según Nietzsche, tenemos que resolver. ¿Qué pasó? ¿Por qué Dios pareciera habernos dado la espalda?

Es importante reconocer que la idea de Dios sigue convocando a un número significativo de personas, para quienes “la muerte de Dios” no les habla de su propia experiencia. Eso está a la vista. Lo que nos preocupa es el número creciente de individuos que, habiendo sido creyentes, hoy viven sin aquel amparo. Esta es una situación empírica, un hecho que podemos reconocer, independientemente de nuestras creencias.

Pero Nietzsche hace otra observación al respecto. Al inicio de su obra *Aurora* (traducida también como *Amanecer*), nos señala que la humanidad transitó desde una larga fase marcada por el hecho de que la vida nos enfrentaba a múltiples problemas, a otra fase muy diferente, en la que la vida misma se convirtió en nuestro principal problema.

Es necesario reiterar que el escenario al que estamos aludiendo no se configura solamente como la expresión de determinadas ideas, posiciones u opiniones, sino que apunta a experiencias concretas. Uno podrá discrepar de muchas de las ideas de Nietzsche, pero no podemos dejar de reconocer que busca interpretar situaciones que nos resultan familiares y merecen toda nuestra atención.

Repitamos lo dicho: el ser humano no puede vivir sin encontrar sentido a su vida, sin ser capaz de reproducir ese juicio de sentido que con frecuencia se le escurre de las manos. Este es un tema al que volveremos, no solo al hablar de Nietzsche, también al abordar la filosofía existencial de Martin Heidegger, posiblemente la contribución filosófica más importante del siglo xx. Se trata, por lo demás, de una cuestión central, sugerida por uno de los filósofos más tempranos de la modernidad. Nos referimos a Blas Pascal, que, al percibir las primeras manifestaciones de este sinsentido, señala que los seres humanos suelen responder negándolo, optando por una vida centrada en la diversión, en la distracción. El espectáculo en todas sus manifestaciones es la expresión más cabal de esta forma de enfrentar el sinsentido del cual nos habla Pascal.

Más allá del espectáculo, hay múltiples formas de evasión, de tomar atajos, de darles la espalda a los desgarramientos de la vida. Una estrategia diferente guarda relación con la búsqueda compulsiva de satisfacción de deseos. A ella corresponden, por ejemplo, la búsqueda incesante de satisfacción sexual y el consumismo obsesivo. Pero bien sabemos que el placer sensual es efímero y no conduce por sí mismo a la felicidad, al bienestar y a dotar de sentido a la vida. El placer es sin duda un factor importante y necesario de la existencia. De lo que se trata es de evaluar hasta qué punto nos refugiamos en el placer como una estrategia evasiva, como una forma de soslayar los desafíos que plantea la vida.

Como dijimos, las estrategias de evasión son múltiples. No es nuestro propósito abarcarlas todas y profundizar en ellas. Somos conscientes de que hay muchas más de las que mencionamos. Cabe considerar, por ejemplo, la estrategia de las “postas terapéuticas”, cuando se acude a un terapeuta tras otro, buscando alivio o respuestas que nosotros somos incapaces de proveer. O bien aquello que caracterizamos como “viajes de turismo espiritual”, en los que buscamos distintas propuestas, anhelando soluciones que las fuentes espirituales tradicionales dejaron de proporcionarnos.

Sin embargo, existen algunas de ellas que, por sus efectos, no podemos dejar de citar. Nos referimos, en primer lugar, a aquellas que lindan con lo que podríamos calificar como patologías, por sus posibles consecuencias. Entre ellas cabe mencionar las adicciones que desarrollamos en relación con el consumo de drogas y estimulantes, de medicamentos antidepresivos (no ajenos a la categoría de drogas) y de alcohol. Todos ellos son caminos para lidiar con la experiencia del vacío existencial, muchas veces resultante de situaciones en las que sentimos haber estado al borde del abismo, en las que experimentamos no tener los soportes que nos hacían falta o el hombro necesario para reconfortarnos. Se trata, en última instancia, de manifestaciones de esa “muerte de Dios”. Al respecto, el poeta Arthur Rimbaud, en su poema *Délires I*, nos habla de esos períodos de la vida en los que sentimos que

*La vraie vie est absente.*

*Nous ne sommes pas au monde.*

(“La verdadera vida está ausente.

No nos encontramos en el mundo”).

Períodos en los que, en efecto, nos embarga la sensación de que el sentido de una vida verdadera está ausente y

pareciera que nos estamos hundiendo, como si realmente no estuviéramos en el mundo.

Por último, no podemos evitar hablar de la “solución final”. Nos referimos al suicidio. Albert Camus exploró en su literatura ese estado de pérdida de sentido en el que nos sentimos extranjeros del mundo que habitamos y de nuestra propia existencia. Períodos en los que los demás devienen irrelevantes, en los que muy a menudo la alternativa del suicidio se asoma en nuestro horizonte pues nos sentimos cautivos del sinsentido. Entender el suicidio es hoy una exigencia fundamental para interpretar adecuadamente la vida humana.

Tanto las adicciones como el suicidio conforman lo que en medicina muchos llaman “las muertes por desesperación” y estas ya representan, directa o indirectamente, el porcentaje mayoritario de causas de fallecimiento en varias sociedades. ¿Cómo hacemos cargo de esto? ¿Hay acaso alguna solución? De haberla, ¿qué nos impide acceder a ella?

Ligado a lo anterior, sin embargo, se presentan causas muy diferentes que inciden en el cuadro que acabamos de describir y que agravan estos resultados. Estas causas remiten a las condiciones estructurales concretas que hoy enfrentan los sistemas sociales de los que participamos.

## **El nuevo escenario que plantea la modernidad**

Vivimos un tiempo sin precedentes. Son múltiples los abordajes que podrían atestiguarlo. El mundo que se caracterizaba por su diversidad y segmentación terminó por globalizarse y tiende cada vez a hacerse más homogéneo. Esta globalización, si bien plantea múltiples problemas, no se disolverá. Difícilmente volvamos al mundo marcado por el tipo de diversidad y por la segmentación de antaño.